

CARLOS EDUARDO ZAVALETA (1928-2011)

Carlos García-Bedoya M.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

El 26 de abril de 2011 nos dejó Carlos Eduardo Zavaleta, sin duda uno de los escritores más prolíficos y destacados de la llamada Generación del 50 peruana. Figura relevante de las letras de su país, su obra no ha alcanzado quizá toda la difusión que merecería a nivel latinoamericano e internacional. A los 83 años de edad, Zavaleta se hallaba en plena actividad, tanto literaria como docente. Seguía impartiendo regularmente sus clases en las aulas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos; una de sus últimas actividades académicas fue pronunciar el discurso de orden en el homenaje que San Marcos tributó a su ilustre graduado, Mario Vargas Llosa, galardonado con el Premio Nobel de Literatura 2010. Con más de sesenta años de actividad como escritor edito, era un ejemplo sorprendente de dedicación y tenacidad, pues tenía siempre en marcha nuevos proyectos literarios, tanto en el ámbito de la investigación como en el de la creación.

La producción intelectual que nos legó Zavaleta es nutrida y variada. Destaca ante todo su obra narrativa, pero además Zavaleta ha aportado en el campo de la traducción, concretamente de escritores anglosajones como Joyce o Faulkner, y también en el ámbito de la investigación académica, con estudios valiosos tanto sobre escritores de lengua inglesa como sobre autores peruanos.

Pero es sin duda en el ámbito de la narrativa donde se sitúa lo medular de su producción. Desde 1948 hasta poco antes de su muerte, publicó ininterrumpidamente numerosos y valiosos libros de cuentos y novelas. Su nutridísima producción en ese género le ganó a Zavaleta un indiscutible sitio como uno de los maestros del relato breve en el Perú, lo que ya fue reconocido desde muy tem-

prano con su insoslayable presencia en las más diversas antologías del cuento peruano. Algunos de sus libros de cuentos más relevantes son *La batalla y otros cuentos* (1954), *El Cristo Villenas* (1955), *Vestido de luto* (1961), *Muchas caras del amor* (1966), *Un día en muchas partes del mundo* (1979), *Unas cuantas ilusiones* (1986) y *El padre del tigre* (1993). Pero si bien son sus cuentos los que le valieron mayores satisfacciones, Zavaleta cultivó con el mismo ahínco el género novelesco, con varias contribuciones destacables, entre ellas su novela inicial *El cínico* (1948), *Los Ingar* (1955), *Los aprendices* (1974), *Un joven, una sombra* (1992), y en particular *Pálido, pero sereno* (1997), seguramente su novela más ambiciosa y lograda, sobre todo considerando los episodios ligados a la niñez del protagonista, que incluyen quizá uno de los testimonios más interesantes en nuestra literatura sobre la época heroica del APRA.

Para aquilatar plenamente su contribución a la narrativa peruana, conviene reparar en que Zavaleta ha sido sin duda el mayor responsable de la renovación técnica que experimentó la narrativa de su país desde la década del 50. Con su profundo conocimiento de la narrativa anglosajona y su asimilación creativa de las diversas técnicas que en ella se desplegaban, como el monólogo interior por ejemplo, Zavaleta se constituyó en el verdadero iniciador de una nueva narrativa en el Perú, anticipándose por cierto a Vargas Llosa. A lo largo de su obra ha proseguido utilizando selectiva y mesuradamente esos mismos recursos, acendrando cada vez más su maestría técnica. Del mismo modo, cabe destacar las virtudes de su prosa depurada y concienzudamente trabajada.

Desde el ángulo temático, resulta igualmente relevante el aporte de Zavaleta. Se ha destacado que su generación trajo a nuestra literatura los nuevos vientos de una narrativa urbana, atenta a la problemática de la ciudad moderna. Al lado de autores como Congrains o Ribeyro, Zavaleta contribuyó decisivamente a tal apertura. Es más, supo ampliar con singular acierto su radio de acción hacia los ámbitos cosmopolitas de las urbes de Europa o Estados Unidos.

Quizá lo más interesante en el narrador Zavaleta es lo vasto de su espectro narrativo, la diversidad de mundos representados en sus novelas y cuentos. Los espacios rurales y provincianos ocupan en su narrativa un lugar tanto o más importante que los urbanos, y son tal vez el escenario de varios de sus relatos más celebrados. Por ello, Zavaleta ha sido considerado con justicia uno de los iniciadores del

neoindigenismo en el Perú, es decir de una narrativa de ambiente campesino, pero estructurada desde nuevos códigos narrativos. En verdad, Zavaleta busca brindarnos una imagen de un Perú integral, de un Perú plural y rico en su megadiversidad cultural. Concede especial atención al personaje del migrante, figura crucial en el Perú contemporáneo y en este mundo globalizado.

A diferencia de otros escritores de su generación, que tuvieron un comienzo promisorio, pero luego cesaron de publicar, Zavaleta continuó produciendo con encomiable constancia. En su “Prólogo” a *Los Ingar*, Luis Jaime Cisneros, contrastando con el caso de otros escritores peruanos, decía que Zavaleta demostraba “una vocación que aún no ha desmayado, en esta tierra donde desmayan tantas”. Transcurridos más de 50 años desde ese prólogo, con más de 60 años como escritor édito, podemos afirmar rotundamente que, hasta su muerte, la de Zavaleta fue una vocación literaria que nunca desmayó. Ese ejemplo de entrega total a su vocación es uno de los legados mayores que deja Zavaleta, en especial a los jóvenes escritores. A quienes tuvimos la fortuna de conocerlo y de compartir con él la amistad y las tareas académicas, nos acompañará siempre el recuerdo de este hombre profundamente bueno y generoso.